

Sugerencias para homilías de funeral

Monición de entrada

"No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios. Creed también en mi".

La fe en Dios, la fe en Jesucristo nos congrega hoy aquí para celebrar esta Eucaristía por N/..... Dios lo creó un día para la vida eterna. Que El lo acoja ahora en su seno para siempre. Vamos a pedir a Dios para N/... y para todos nosotros, el perdón de nuestros pecados y la vida eterna.

Homilía

Queridos familiares de N/...., queridos compañeros sacerdotes, hermanos:

Nos hemos reunido aquí esta tarde para celebrar una "Eucaristía ", es decir, literalmente una "acción de gracias". Pero, gracias ¿por qué? ¿Es que se puede celebrar algo cuando se nos muere un familiar entrañable, un compañero, un amigo....(de forma súbita, en la plenitud de la vida)?

¿Qué sentido pueden tener estos encuentros que celebramos los creyentes y donde nos congregamos hombres y mujeres de sensibilidad religiosa muy diferente, convocados todos por la muerte de un ser querido? ¿Qué puede ser esta Eucaristía?

1. Una despedida y un recuerdo. Ciertamente, este encuentro es una despedida. No una despedida cualquiera, sino la última. Porque ya no podremos tener junto a nosotros a N/.... Sus hermanos y hermanas, sus familiares y amigos sentiréis como nadie su vacío. Ya no podréis esperar su regreso pues no volverá junto a vosotros. N/... se nos ha muerto. Y cuando un ser querido se nos muere, algo nuestro muere dentro de nosotros, una parte de nuestra vida.

2. Despedida y recuerdo agradecido. Mientras caminamos por la vida, cogidos por las ocupaciones e inquietudes de cada día, no sabemos muchas veces apreciar lo que vamos recibiendo de los demás. No sabemos agradecer debidamente su presencia, la amistad, la compañía, la riqueza que esa persona significa para nosotros.

Sin duda, sus hermanos y familiares, los amigos que lo habéis tratado más de cerca recordáis en estos momentos encuentros, experiencias, gestos muy concretos que agradeceréis de corazón a N/...

Y sin duda, las gentes entre las que N/.... convivió, esos hombres y mujeres a los que entregó su vida, agradecen hoy su servicio (sacerdotal), su trabajo, su carácter dinámico, su desgaste y su entrega.

Yo también quiero agradecerle aquí, en nombre de (los familiares), (de la diócesis y del Sr. Obispo), su vida (sacerdotal, su labor misionera, su servicio a la evangelización).

Es bueno, cuando termina una vida, reunirnos para recoger y expresar nuestro agradecimiento y, si somos creyentes, elevar nuestra acción de gracias a Dios porque un día quiso crear a N/..., nuestra acción de gracias por lo que ha sido su vida, su trabajo, su (sacerdocio, su labor misionera).

3. Una despedida esperanzada. Este celebración es, sobre todo, un encuentro de fe, una oración confiada y esperanzada a Dios. Queridos amigos, la vida debería ser diferente. Más hermosa, más feliz, más gozosa, más larga, más vida... En el fondo, todos llevamos en lo más hondo de nuestro ser el anhelo de una vida dichosa, feliz, eterna... ¿Por qué hay que morir?

Queridos amigos, los cristianos creemos que la vida de cada hombre y cada mujer, la vida de todos y cada uno de nosotros es un misterio infinitamente valioso, que no se pierde para siempre en la muerte.

La Vida es mucho más que esta vida. La vida de N/... es mucho más que esos años de alegrías y penas, de luchas y trabajos, que han transcurrido entre su nacimiento y su muerte.

Hemos escuchado las palabras de Jesús. **"No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios. Creed también en mí.**

Todos tenemos un lugar preparado por Cristo resucitado en el corazón de Dios. Todos. Los que viven confiando en Dios y los que viven olvidados de El. **"Creed en Dios"**. Esta es la invitación de Jesús.

Yo sé que a muchos hombres y mujeres no se les hace fácil hoy creer en Dios. Estos años han pasado muchas cosas. Y hemos cambiado mucho por dentro. Nos hemos hecho más escépticos, pero también más frágiles y menos consistentes. No. No es fácil creer, pero es difícil no creer.

Queridos amigos, si en esta celebración de hoy sentimos que nuestra fe es débil y vacilante, que está apagada, que ya no acertamos a creer, que no nos sale invocar a Dios, siempre podemos ser sinceros en lo

hondo de nuestro corazón y abrimos al Misterio de Dios desde nuestra pequeñez. El hombre, la mujer que desde el fondo de su ser desea creer, ante Dios es ya creyente.

En el fondo último de la vida, en lo más hondo de la existencia, hay Alguien que nos entiende y nos acepta a todos como nadie nos puede entender y aceptar. Un Dios Padre que acoge y ama a N/... como ninguno de nosotros lo podemos hacer.

Por eso, en esta Eucaristía vamos a invocar a Dios. Vamos a decir, cada uno a su manera, por dentro, algo como esto: "N/..., te seguimos queriendo pero ya no sabemos cómo encontramos contigo y qué hacer por ti. Te confiamos al amor de Dios. Ese amor infinito es para ti hoy un lugar más seguro que todo lo que nosotros te podemos ofrecer". Descansa en Dios.

Monición inicial

Queridos amigos: Antes de morir, me pidió (N...) que este funeral no fuera triste. Que fuese una Eucaristía de acción de gracias a ese Dios que un día creó la vida de Josefina y hoy la ha llevado ya a la plenitud. Vamos a pedir a Dios perdón por nuestros pecados. Que El nos conceda el perdón y nos conceda esa vida que anhela nuestro corazón.

Homilía

Queridos amigos: El sábado pasado recibí un aviso inesperado, (N...) quería que celebrara yo su funeral. Yo me había encontrado con el/la en alguna ocasión estos últimos años en que vivía luchando con su enfermedad. Habían sido unos encuentros breves pero profundos en los que (N...) me hablaba de lo que el/la vivía por dentro al ver que la vida se le escapaba.

Por eso quise verle/a antes de morir. También esta vez fue un encuentro breve, muy breve, pero que difícilmente podré olvidar. (N...) apenas podía respirar. Se ahogaba. Pero pudimos hablar de lo más importante que se puede hablar en esos momentos: de la muerte, de la otra vida, de Dios.

Cuando me quedé a solas con el/la, le agarré del brazo y le pregunté: (n...), ¿qué sientes? Rápidamente me contestó: "...", que se me va la vida". Los que habéis conocido a (N...) sabéis cómo amaba la vida, cómo ha luchado siempre por vivir, cómo ha sabido mantener viva la ilusión y la esperanza a lo largo de estos años. Ahora lo que sentía no era sufrimiento, angustia... Sencillamente, "se le iba la vida".

Yo le pregunté: ¿Es duro? "Muy duro", me dijo. Y, entonces, inesperadamente, abrió los ojos y se sonrió. Me sorprendió tanto que le pregunté por qué sonreía. Entonces, rápidamente, me contestó: "Tú ya sabes que muero con la esperanza de encontrar la verdadera vida. Esto se termina. Pronto empezaré algo nuevo".

Luego hablamos de lo pronto que pasa la vida. De lo importante que es creer en Dios. Al final me dijo: "Quiero que hables de la esperanza. Quiero que sea un funeral alegre. Que deis gracias a Dios por tantas cosas. . "

Queridos amigos, yo he hablado estos años muchas veces sobre la esperanza. También hoy podemos hablar. Hablar es fácil. Demasiado fácil. Lo importante es vivir desde dentro con esa esperanza que a (N...) le hacía sonreír ante la muerte. Por eso creo que no soy yo el que tiene que hablar sobre la esperanza. Es mejor que nos hable a todos (N...) con su ejemplo.

Yo no sé si los creyentes sabemos hoy valorar, cuidar y agradecer la fe que hay en nosotros. A veces parece que la fe se nos está quedando por ahí, olvidada en algún rincón de nuestra alma como algo poco importante, de lo que no merece la pena preocuparse mucho.

Ante la muerte de este/a creyente que ha sido (N...), yo os quiero decir a todos que es suerte hoy ser creyente. Es una suerte sentir por dentro la esperanza.

Cuando hoy un hombre, una mujer, dice que ha perdido la fe, dice muy bien: "Ha perdido "Ha salido perdiendo".

Cuando una persona pierde la fe, se empobrece por dentro, pierde una luz, pierde esperanza, pierde un resorte, una fuerza para vivir. Se queda más empobrecido para enfrentarse a la vida y a la muerte.

Queridos amigos, si en este momento sentimos que nuestra fe es pequeña y débil, que ya apenas acertamos a creer, que no nos sale poner nuestra esperanza en Dios, este puede ser el momento de ser sinceros y empezar sencillamente pidiendo fe a ese Dios al que, tal vez, sentimos hoy tan lejano. Un hombre, una mujer que desea sinceramente creer ya es, ante Dios, un creyente.

Siguiendo el deseo de (N...), vamos a celebrar una Eucaristía gozosa, de acción de gracias. Vamos a dar gracias a Dios porque no estamos solos. Hay un Padre que nos comprende y nos ama como no nos comprende ni nos ama nadie. Un Dios que ha comprendido los deseos de vivir que sentía (N...). Un Dios que quiere a (N...) para siempre como ninguno de nosotros la hemos podido querer.

Vamos a dar gracias a Dios porque nuestra vida no es un pequeño paréntesis entre dos vacíos. La Vida es mucho más que esta vida. Un día encontraremos, por fin, todo lo que anhelamos desde el fondo de nuestro ser.

Todo lo bueno, lo hermoso, lo gozoso que aquí no podemos lograr. Todo lo que aquí ha quedado a medias, lo que no ha podido ser, todo eso alcanzará un día su realización plena. Por fin, sabremos lo que es vivir sin miedo disfrutar de una felicidad total, amar y ser amados plenamente. Por fin, descubriremos que **era** esa Vida la que andábamos buscando ya desde esta tierra.

Vamos a pedir a Dios por (N...). Que Dios llene su corazón de alegría eterna y la sorprenda con una felicidad que ni ella ni nosotros podemos hoy sospechar.

Inicio

HOMILÍAS FUNERAL

1ª homilía: Lecturas: [#1 Cor. 15,20-23](#); [#Lucas 24, 13-16.28-35](#)

2º homilía: Lecturas: [#Rom. 6](#); [#Juan 14, 1-6](#)

Lecturas: 1 Cor. 15,20-23; Lucas 24, 13-16.28-35

Cuando nos reunimos para orar y ofrecer la Eucaristía por un ser querido que ha muerto no resulta fácil hablar. Por una parte, corremos el riesgo de repetirnos ante una situación que varias veces a la semana nos convoca..., la muerte; y por otra parte, uno piensa que sería más oportuno dejarnos envolver por el silencio, evocar tantos recuerdos como de pronto se agolpan en la memoria y orar...

Pero también es un momento muy oportuno para confesar nuestra fe en la resurrección . Confesarla con esperanza y hasta con gozo interior . Confesarla sin otro fin que el de agradecer a Dios el don de la fe que, a través de nuestros padres y de la comunidad cristiana , El nos transmitió. Esa fe que a Ana María le ha ayudado tanto a vivir, a luchar con esfuerzo y tesón contra el mal que le venía aquejando estos años y a aceptar con serenidad una muerte que le ha llegado antes de lo razonablemente previsible.

Sin duda que el consuelo de la presencia continuada y afectuosa de vosotros, su esposo e hijos, que la habéis acompañado con cariño siempre y, muy en especial, en la crisis de estos dos últimos años le habrá hecho mucho más llevadero este tramo final de su vida terrena , sobre todo cuando el mismo día de Reyes de este año disfrutaba con el gozo de conocer a su primer nieto.

MORIR

Siempre he pensado que el pensamiento de la muerte no debe convertirse en una especie de idea obsesionante. Es muy importante vivir y disfrutar del don de la existencia...

Vivir con ilusión y gozar de las muchas cosas bellas que Dios ha creado para nosotros es una forma de creer en El, es un modo de agradecer al Creador el don de la vida. La experiencia de la amistad, del amor, de la familia, de la relación humana, de la solidaridad, de la entrega generosa..., la vivencia de los más nobles valores humanos y éticos, el empeño por hacer una convivencia mejor entre todos y para todos...son vistos desde la fe cristiana, como reflejos del rostro mismo de Dios..., como expresiones, en frágil versión humana, de la infinita plenitud de Dios que, de múltiples formas, ha dejado impresa su huella en nosotros al llamarnos a la vida y al hacernos a su propia imagen.

Ahora bien, para todos llega un momento en que toda esta secuencia se interrumpe con la muerte. Y la muerte siempre es dura sobre todo cuando, como en este caso, acaece en una mujer todavía joven y llena de ganas de vivir. La muerte siempre nos arranca ... siempre nos separa de lo que más queremos.... Es

como si algo muy profundo se quebrase dentro de nosotros, como si el dolor moral que nos produce la marcha del ser querido nos dejase un poco más solos.

RESUCITAR

Ahora bien, junto a estos sentimientos es posible también confesar una vez más nuestra fe en la resurrección. Nuestra fe en que, aunque ha dejado esta vida terrena, vive para siempre en Dios, porque Dios no nos creó para morir sino para vivir... Y vive de un modo nuevo al haber sido transformada y resucitada por Cristo y con Cristo. En ella se han hecho ya realidad aquellas palabras de Jesús *“el que crea en mí aunque haya muerto vivirá”*...

Al traspasar el umbral de la muerte habrá descubierto a Cristo tal como es de verdad... Como los discípulos de Emaús, también habrá reconocido al Señor en ese momento inefable del encuentro definitivo con El , en “el partir el pan “ de la plena y eterna comunión con El. Hasta el sábado lo conocía por la fe, y los sacramentos de la fe la confortaron en tantas ocasiones... Ahora lo habrá descubierto tal como es, sin velos ni obscuridades

Mientras tanto, los que quedáis y fuisteis tan cercanos a ella os quedáis con su recuerdo. Como escribía bellamente Bonhoefer, aquel gran cristiano de confesión luterana que padeció y murió en los campos de exterminio nazis

“no hay nada que pueda sustituir la ausencia de una persona querida; ni siquiera hemos de intentarlo. Hemos de

soportar sencillamente la separación y resistir. Al principio eso parece muy duro, pero, al mismo tiempo, es un gran consuelo. Porque al quedar el vacío sin llenar nos sirve de nexo de unión.

No es cierto que Dios es quien llena este vacío. Dios no lo llena sino que, precisamente, lo mantiene vacío, con lo cual nos ayuda a conservar- aunque con dolor- nuestra unión con el que se ha ido. Por otra parte, cuanto más hermosos y ricos son los recuerdos, más fuerte resulta la separación y más permanente se hace su memoria”.

[#Inicio](#)

Lecturas: Rom. 6, 3-9; Juan 14, 1-6

Introducción

La muerte de un ser querido siempre impacta en lo más profundo de nuestro ser y remueve las fibras más sensibles de nuestra memoria. Toda una larga historia de relación humana y de convivencia con el desaparecido cobra plena actualidad, y reviven en el recuerdo detalles, gestos, frases y actitudes que, aunque remueven la herida de su desaparición, suavizan al mismo tiempo el vacío de su ausencia.

Sin duda, queridos familiares de, esposa e hijos, que esto mismo os está pasando a vosotros. Lo recordareis siempre como hombre trabajador y serio, y siempre y especialmente en estos últimos años totalmente entregado al cuidado de su esposa, con ternura y abnegación ejemplar...

Hoy celebramos cristianamente su muerte y también su larga vida de x años que, a partir de ahora, queda depositada en manos de un Dios que es nuestro Padre.

Celebrar la muerte

Es posible que más de uno se pregunte con perplejidad si es humano “celebrar la muerte”. ¿Es que la muerte tiene algo que celebrar?

La muerte en sí misma no. En todo caso la muerte tiene mucho para ser llorada, para ser lamentada. La muerte siempre significa el fin del tiempo y de esa propia historia personal que queda enmarcada en él.

Sin embargo y siendo todo esto verdad, lo es también que la muerte de un cristiano tiene un significado peculiar. Un cristiano, por el bautismo, queda ya incorporado a la muerte y a la “suerte” de Cristo y, por tanto, a su resurrección. “Nuestra existencia está unida a Cristo, es decir a una muerte como la suya y a una resurrección como la suya” (1ª lectura).

La vida de un cristiano, por la gracia bautismal, es una llamada permanente a morir y a renunciar a todo aquello que tiende a empujarnos al mal, y a ir liberándonos de las servidumbres que origina en nosotros aquello que san Pablo llamaba el “hombre viejo”... Y, al mismo tiempo, la vida de un cristiano es ir recuperando cada día un trozo más de esa libertad interior que es el anticipo de la vida resucitada..., de modo que, a medida que vamos viviendo más años, vayamos también alumbrando espacios nuevos de convivencia en los que la concordia y el

buen entendimiento sean más fuertes que las tensiones, el respeto al otro más significativo que la exclusión, la alegría y la esperanza más vivas que la desconfianza, y el deseo de vivir más intenso que las actitudes destructivas. Esta dinámica de atenuar en nosotros los síntomas de negatividad y de muerte, y de acrecentar los signos de positividad y de vida es la más viva expresión de lo que es la auténtica vida cristiana: morir a nuestras tendencias negativas e ir resucitando a los gérmenes de eternidad que el bautismo sembró en nosotros.

Esto es lo que nuestro hermano, tal vez sin darse del toco cuenta, ha ido haciendo a lo largo de sus x años de vida . ¿No os parece que una existencia así merece ser celebrada en el momento en que, terminado su tiempo, se introduce en el misterio eterno de Dios?

¿Que nuestro hermano habrá tenido también sus deficiencias? Evidentemente, toda existencia humana está, al mismo tiempo, marcada por la debilidad, pero Dios “conoce de qué barro estamos hechos” como dice san Pablo.

Por eso, al celebrar hoy la existencia de nuestro hermano culminada con la muerte, en realidad celebramos a Cristo que habrá ido acogiendo, a lo largo de su vida, todos y cada uno de sus esfuerzos por liberarse del Mal y los habrá ido uniendo a su propia cruz, y, al mismo tiempo, habrá ido incorporando a su resurrección todos los destellos de nueva existencia que alumbró ejercitó mientras vivió en este mundo.

Por todo esto celebramos su muerte cristiana. Por todo esto creemos que si ha muerto con Cristo también vivirá con El.

[#Inicio](#)

Exclusivamente para uso privado.

PALABRA DEL SEÑOR

SUGERENCIAS PARA LA HOMILIA

LC. 23, 33. 39-43

Estadísticas realizadas en diversos países de Europa muestran que sólo un cuarenta por ciento de las personas creen hoy en la vida eterna y que, además, para muchas de ellas esta fe ya no tiene fuerza o significado alguno en su vida diaria.

Pero lo más sorprendente en estas estadísticas es algo que también entre nosotros he podido comprobar en más de una ocasión. No son pocos los que dicen creer realmente en Dios y, al mismo tiempo, piensan que no hay nada más allá de la muerte.

Y, sin embargo, creen en la vida eterna no es una arbitrariedad de algunos cristianos, sino la consecuencia de la fe en un Dios al que sólo le preocupa la felicidad total del ser humano. Un Dios que, desde lo más profundo de su ser de Dios, busca el bien final de toda la creación.

Antes que nada, hemos de recordar que la muerte es el acontecimiento más trágico y brutal que nos espera a todos. Inútil querer olvidarlo. La muerte está ahí, cada día más cercana. Una muerte absurda y oscura que nos impide ver en qué terminarán nuestros deseos, luchas y aspiraciones. ¿Ahí se acaba todo? ¿Comienza precisamente ahí la verdadera vida?

Nadie tiene datos científicos para decir nada con seguridad. El ateo "cree" que no hay nada después de la muerte, pero no tiene pruebas científicas para demostrarlo. El creyente "cree" que nos espera una vida eterna, pero tampoco tiene prueba científica alguna. Ante el misterio de la muerte, todos somos seres radicalmente ignorantes e impotentes.

La esperanza de los cristianos brota de la confianza total en el Dios de Jesucristo. Todo el mensaje y el contenido de la vida de Jesús, muerto violentamente por los hombres pero resucitado por Dios para la vida eterna, les lleva a esta convicción: "La muerte no tiene la última palabra. Hay un Dios empeñado en que los hombres conozcan la felicidad total por encima de todo, incluso por encima de la muerte. Podemos confiar en él".

Ante la muerte, el creyente se siente indefenso y vulnerable como cualquier otro hombre; como se sintió, por otra parte, el mismo Jesús. Pero hay algo que, desde el fondo de su ser, le invita a fiarse de Dios más allá de la muerte y a pronunciar las mismas palabras de Jesús: *"Padre, en tus manos dejo mi vida"*. Este el núcleo esencial de la fe cristiana: dejarse amar por Dios hasta la vida eterna; abrirse confiadamente al misterio de la muerte, esperándolo todo del amor creador de Dios.

Esta es precisamente la oración del malhechor que crucifican junto a Jesús. En el momento de morir, aquel hombre no encuentra nada mejor que confiarse enteramente a Dios y a Cristo: *"Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino"*. Y escucha esa promesa que tanto consuela al creyente: *"Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso"*.

Como creemos le ha escuchado ya a -----

Hoy en esta Eucaristía unimos la muerte de ----- a la muerte y resurrección de Cristo para que nuestro/a hermano/a esté gozando de la vida eterna en el paraíso.

HOMILÍAS FUNERAL

1ª homilía: Lecturas: #1 Cor. 15,20-23; #Lucas 24, 13-16.28-35

2º homilía: Lecturas: #Rom. 6; #Juan 14, 1-6

Lecturas: 1 Cor. 15,20-23; Lucas 24, 13-16.28-35

Cuando nos reunimos para orar y ofrecer la Eucaristía por un ser querido que ha muerto no resulta fácil hablar. Por una parte, corremos el riesgo de repetirnos ante una situación que varias veces a la semana nos convoca..., la muerte; y por otra parte, uno piensa que sería más oportuno dejarnos envolver por el silencio, evocar tantos recuerdos como de pronto se agolpan en la memoria y orar...

Pero también es un momento muy oportuno para confesar nuestra fe en la resurrección . Confesarla con esperanza y hasta con gozo interior . Confesarla sin otro fin que el de agradecer a Dios el don de la fe que, a través de nuestros padres y de la comunidad cristiana , El nos transmitió. Esa fe que a Ana María le ha ayudado tanto a vivir, a luchar con esfuerzo y tesón contra el mal que le venía aquejando estos años y a aceptar con

serenidad una muerte que le ha llegado antes de lo razonablemente previsible.

Sin duda que el consuelo de la presencia continuada y afectuosa de vosotros, su esposo e hijos, que la habéis acompañado con cariño siempre y, muy en especial, en la crisis de estos dos últimos años le habrá hecho mucho más llevadero este tramo final de su vida terrena , sobre todo cuando el mismo día de Reyes de este año disfrutaba con el gozo de conocer a su primer nieto.

MORIR

Siempre he pensado que el pensamiento de la muerte no debe convertirse en una especie de idea obsesionante. Es muy importante vivir y disfrutar del don de la existencia...

Vivir con ilusión y gozar de las muchas cosas bellas que Dios ha creado para nosotros es una forma de creer en El, es un modo de agradecer al Creador el don de la vida. La experiencia de la amistad, del amor, de la familia, de la relación humana, de la solidaridad, de la entrega generosa..., la vivencia de los más nobles valores humanos y éticos, el empeño por hacer una convivencia mejor entre todos y para todos...son vistos desde la fe cristiana, como reflejos del rostro mismo de Dios..., como expresiones, en frágil versión humana, de la infinita plenitud de Dios que, de múltiples formas, ha dejado impresa su huella en nosotros al llamarnos a la vida y al hacernos a su propia imagen.

Ahora bien, para todos llega un momento en que toda esta secuencia se interrumpe con la muerte. Y la muerte siempre es dura sobre todo

cuando, como en este caso, acontece en una mujer todavía joven y llena de ganas de vivir. La muerte siempre nos arranca ... siempre nos separa de lo que más queremos.... Es como si algo muy profundo se quebrase dentro de nosotros, como si el dolor moral que nos produce la marcha del ser querido nos dejase un poco más solos.

RESUCITAR

Ahora bien, junto a estos sentimientos es posible también confesar una vez más nuestra fe en la resurrección. Nuestra fe en que, aunque ha dejado esta vida terrena, vive para siempre en Dios, porque Dios no nos creó para morir sino para vivir... Y vive de un modo nuevo al haber sido transformada y resucitada por Cristo y con Cristo. En ella se han hecho ya realidad aquellas palabras de Jesús “el que crea en mí aunque haya muerto vivirá”...

Al traspasar el umbral de la muerte habrá descubierto a Cristo tal como es de verdad... Como los discípulos de Emaús, también habrá reconocido al Señor en ese momento inefable del encuentro definitivo con El , en “el partir el pan “ de la plena y eterna comunión con El. Hasta el sábado lo conocía por la fe, y los sacramentos de la fe la confortaron en tantas ocasiones... Ahora lo habrá descubierto tal como es, sin velos ni obscuridades

Mientras tanto, los que quedáis y fuisteis tan cercanos a ella os quedáis con su recuerdo. Como escribía bellamente Bonhoefer, aquel gran cristiano de confesión luterana que padeció y murió en los campos de exterminio nazis

“no hay nada que pueda sustituir la ausencia de una persona querida; ni siquiera hemos de intentarlo. Hemos de soportar sencillamente la separación y resistir. Al principio eso parece muy duro, pero, al mismo tiempo, es un gran consuelo. Porque al quedar el vacío sin llenar nos sirve de nexo de unión.

No es cierto que Dios es quien llena este vacío. Dios no lo llena sino que, precisamente, lo mantiene vacío, con lo cual nos ayuda a conservar- aunque con dolor- nuestra unión con el que se ha ido. Por otra parte, cuanto más hermosos y ricos son los recuerdos, más fuerte resulta la separación y más permanente se hace su memoria”.

#Inicio

Lecturas: Rom. 6, 3-9; Juan 14, 1-6

Introducción

La muerte de un ser querido siempre impacta en lo más profundo de nuestro ser y remueve las fibras más sensibles de nuestra memoria. Toda una larga historia de relación humana y de convivencia con el desaparecido cobra plena actualidad, y reviven en el recuerdo detalles, gestos, frases y actitudes que, aunque remueven la herida de su desaparición, suavizan al mismo tiempo el vacío de su ausencia.

Sin duda, queridos familiares de, esposa e hijos, que esto mismo os está pasando a vosotros. Lo recordareis siempre como hombre trabajador y serio, y siempre y especialmente en estos últimos años

totalmente entregado al cuidado de su esposa, con ternura y abnegación ejemplar...

Hoy celebramos cristianamente su muerte y también su larga vida de x años que, a partir de ahora, queda depositada en manos de un Dios que es nuestro Padre.

Celebrar la muerte

Es posible que más de uno se pregunte con perplejidad si es humano “celebrar la muerte”. ¿Es que la muerte tiene algo que celebrar?

La muerte en sí misma no. En todo caso la muerte tiene mucho para ser llorada, para ser lamentada. La muerte siempre significa el fin del tiempo y de esa propia historia personal que queda enmarcada en él.

Sin embargo y siendo todo esto verdad, lo es también que la muerte de un cristiano tiene un significado peculiar. Un cristiano, por el bautismo, queda ya incorporado a la muerte y a la “suerte” de Cristo y, por tanto, a su resurrección. “Nuestra existencia está unida a Cristo, es decir a una muerte como la suya y a una resurrección como la suya” (1ª lectura).

La vida de un cristiano, por la gracia bautismal, es una llamada permanente a morir y a renunciar a todo aquello que tiende a empujarnos al mal, y a ir liberándonos de las servidumbres que origina en nosotros aquello que san Pablo llamaba el “hombre viejo”... Y, al mismo tiempo, la vida de un cristiano es ir recuperando cada día un trozo más de esa libertad interior que es el anticipo de la vida resucitada..., de modo que, a medida que vamos viviendo más años, vayamos también alumbrando espacios nuevos de convivencia en los que la concordia y el buen

entendimiento sean más fuertes que las tensiones, el respeto al otro más significativo que la exclusión, la alegría y la esperanza más vivas que la desconfianza, y el deseo de vivir más intenso que las actitudes destructivas. Esta dinámica de atenuar en nosotros los síntomas de negatividad y de muerte, y de acrecentar los signos de positividad y de vida es la más viva expresión de lo que es la auténtica vida cristiana: morir a nuestras tendencias negativas e ir resucitando a los gérmenes de eternidad que el bautismo sembró en nosotros.

Esto es lo que nuestro hermano, tal vez sin darse del toco cuenta, ha ido haciendo a lo largo de sus x años de vida . ¿No os parece que una existencia así merece ser celebrada en el momento en que, terminado su tiempo, se introduce en el misterio eterno de Dios?

¿Que nuestro hermano habrá tenido también sus deficiencias?

Evidentemente, toda existencia humana está, al mismo tiempo, marcada por la debilidad, pero Dios “conoce de qué barro estamos hechos” como dice san Pablo.

Por eso, al celebrar hoy la existencia de nuestro hermano culminada con la muerte, en realidad celebramos a Cristo que habrá ido acogiendo, a lo largo de su vida, todos y cada uno de sus esfuerzos por liberarse del Mal y los habrá ido uniendo a su propia cruz, y, al mismo tiempo, habrá ido incorporando a su resurrección todos los destellos de nueva existencia que alumbró ejercitó mientras vivió en este mundo.

Por todo esto celebramos su muerte cristiana. Por todo esto creemos que si ha muerto con Cristo también vivirá con El.

#Inicio

Exclusivamente para uso privado.